

Ernest Hemingway popularizó las botas de Las Tres ZZZ, empresa con 153 años de historia que actualmente produce 12.000 unidades al año. La mayor parte terminan repartidas en los cinco continentes

Vuelta al mundo en **bota**

PEDRO GÓMEZ

Pamplona

El despacho de Héctor Pérez González, gerente de Las Tres ZZZ, hay un mapamundi con decenas de chinchetas. Las colocan extranjeros que han visitado la fábrica de botas de vino por algún motivo especial. Las últimas chinchetas son de Winne-mucca (Estados Unidos), Filipinas y Namibia. “De Filipinas vino un chico joven, de 18 o 20 años, que residía en Barcelona y su padre le había encargado una bota. Optó por venir expresamente a Pamplona a por ella. Compró dos más para regalar”, relata Héctor Pérez, pamplonés de 51 años que lleva diez en este negocio fundado en 1873. Aquel año Gregorio Pérez, afamado botero de Almudévar (Huesca), se asoció con el pamplonés Eusebio Iglesias. En 1902 Gregorio se quedó con todo el negocio y el 1916 cambió la denominación, Las Tres ZZZ, por el nacimiento el 1 de febrero de sus trillizas, Carmen, María Caricias (Cary) y Pilar Pérez Daroca, las “tres zagalas”. Fue un acontecimiento en la ciudad. Cuando Ernest Hemingway acudió por primera vez a Las Tres ZZZ a comprarse una bota en 1923, las mellizas tenían siete años. Es posible que estuvieran correteando por la tienda taller de la calle Comedias número 7. La actual fábrica, en la calle Miluce 6, tiene un retrato de las zagalas a esa edad, elegantemente vestidas.

Hemingway descubrió la utilidad de las botas en un viaje en autobús a Burguete para pescar. El episodio quedó reflejado en la novela *Fiesta*, publicada en 1926. En una jornada calurosa, numerosos pasajeros llevaban la bota para refrescarse. El novelista describe el siseo del chorro al entrar en la boca y la habilidad de un joven que levantaba bien los brazos y apretaba el pellejo con fuerza. Como todo principiante, el novelista americano terminó con un reguero por la barbilla y algún lamparón.

A Héctor Pérez no le consta que se conserve alguna bota de Hemingway en la casa museo de Cuba o en otros lugares. Sí que hay varias botellas originales de licor, vajilla, cañas de pescar... “Las Tres ZZZ le debe mucho a Hemingway porque gracias a él se internacionalizó”, admite Héctor Pérez, pero destaca que si la marca cogió fama fue también por una innovación introducida por Gregorio Pérez. “Empezó a coser a máquina en lugar de a mano. Esto reducía los errores y tener que descartar pellejos”, apunta.

Descendientes de emigrantes

Las Tres ZZZ llegó a tener una plantilla de 40 personas y una producción de 70.000 unidades. Ahora hay media docena de trabajadores, que sacan al año 12.000 botas. El 40% se exportan. “Y buena parte de las que se venden aquí terminan fuera”. El trabajo sigue siendo muy artesanal, aunque también hay innovaciones, como las botas de latex y neopreno, que son aptas para más variedad de bebidas.

El gerente de la empresa señala que además de la venta online en la propia



Héctor Pérez, gerente de Las Tres ZZZ, en la fábrica taller, junto a las botas que reciben para su puesta a punto.

EDUARDO BUXENS



Hemingway, con su cuarta esposa, Mary, ofrece la bota de vino a su amigo Juanito Quintana, en la Plaza de Toros en los Sanfermines de 1953.

ARCHIVO

web, las botas también están disponibles en Amazon. “Sus almacenes en Estados Unidos tienen un stock”. Además, hay clientes internacionales, sobre todo en Argentina, Chile y México. Y en España trabajan con distribuidores para llegar a las tiendas de *souvenirs* y de artesanía de lugares turísticos. Y buena parte se distribuyen por las tiendas de Pamplona. Ahora son días intensos. “Por ejemplo, el bar La

Botería todo los años nos hace un buen pedido, con el nombre del establecimiento. Mucha gente que va a los toros le pide”, señala. En este bar de la avenida Roncesvalles hubo una famosa botería. “No era de la empresa pero era el que más botas de Las Tres ZZZ vendía y también las arreglaba”, afirma.

Aunque se apellide Pérez, el actual gerente no tiene relación de parentesco con

la familia fundadora. “Yo trabajaba en el sector cárnico y vi la oferta de trabajo y me presenté. Es un trabajo muy gratificante por la cantidad de gente que conoces y sus historias”. Los actuales propietarios son biznietos del fundador. Las trillizas no tuvieron descendencia pero sí su hermano Gregorio Pérez Daroca, muy aficionado a la fotografía.

Héctor Pérez acumula gran cantidad de anécdotas. Una de esas historia que recuerda con cariño es la de una australiana que hacía el Camino de Santiago después de superar un cáncer. “Me contó que su padre se murió cuando ella tenía 7 años. Para superar la tristeza, su madre decidió dar la vuelta en mundo en barco con sus hijas. Pararon en Fuenterrabía y vinieron un día a las fiestas de San Fermín y compraron una bota. Le quedó ese recuerdo feliz de infancia. Cuando luchaba contra el cáncer pensó que si se recuperaba, haría el Camino de Santiago y compraría una bota. Y así lo hizo”, relata.

A la fábrica también acuden muchos descendientes de emigrantes vascos y navarros, pastores y leñadores que llegaron a América con la bota en la maleta como artículo de primera necesidad. “En una ocasión vino un americano que tendría unos 80 años. Su padre era de Ochagavía y emigró cuando la guerra. Todo lo que se pudo llevar fue la ropa que tenía, un poco de dinero y una bota de vino. El hombre lloraba al ver las botas colgadas y acordarse de su padre”, expresa.



Conchi Alves cose el cordón de algodón alrededor de la piel de cabra.

EDUARDO BUXENS



Para darle la vuelta al cuero se emplea una varilla de hierro.

EDUARDO BUXENS



Dolly Igbinosum tiñe las botas supremas, que después se dejan secar varios días.

E. BUXENS



Enrique Mendaza procede a sujetar los brocales, un trabajo puramente artesanal.

E. BUXENS

“Hay montañeros que se llevan la bota pequeña para echarse el bocata”

P.G. Pamplona

LOS odres de piel curtida, que existen desde tiempos inmemoriales, han caído en desuso pero las botas mantienen todavía un atractivo eminentemente práctico por su resistencia y flexibilidad. “Vendo bastantes botas de medio litro a montañeros. Me dicen que cuando andan beben agua, pero cuando paran a comer el botaca les gusta echar un trago de vino”, apunta Héctor Pérez, gerente de Las Tres ZZZ. Sus botas son de piel de cabra, de curtición vegetal con taninos para permitir su uso alimenticio. El pelo queda por dentro de la bota para que agarre la pez, es mezcla de resinas para impermeabilizar el recipiente y conservar el vino.

“Es importante que la piel tenga mucho pelo. Hay un señor de Guadalajara que se recorre una veintena de mataderos para seleccionar las mejores pieles y las lleva al curtidor”, señala el gerente de la empresa. Las Tres ZZZ trabaja con un curtidor de Estella. Las botas de pez sólo sirven para

Un señor de Guadalajara se recorre una veintena de mataderos para seleccionar las mejores pieles de cabra con las que hacer las botas. “Es importante que tengan mucho pelo para impregnar la pez”

almacenar vino una vez curada –en la página web detalla cómo hacerlo y los cuidados necesarios–. Si se desea llevar calimochos u otras bebidas es mejor adquirir la bota de latex, que cumple la normativa europea y americana.

El proceso de fabricación dura en torno a tres semanas. La piel se corta con troqueles, en dos formatos, curva y recta. Después se somete a tres cosidos, uno para aguantar las presillas, otro para darle la forma de barriguita y el último con un cordón de algodón. Es el momento de darle la vuelta al cuero aunque antes hay que dejarlo en remojo para reblandecerlo. Pasan entonces a un tendadero donde permanecen diez días. Para dar suavidad a la piel,

se meten en un bombo y están un día entero dando vueltas. Las botas supremas o negras se impregnan con tintes naturales y se dejan dos días secar.

Es el momento de serigrafía la bota con una prensa antigua. “La N de Pamplona está al revés porque el primero que hizo el sello se equivocó y así se ha quedado. Ahora es una forma de reconocer que es la auténtica y no una falsificación”, afirma Héctor Pérez.

Los martes se calienta el caldero de la pez, hecha de resinas y aceites naturales, y se mete en las botas. “Hay que tasajear bien para que se impregne todo”. Ya sólo queda colocar el brocal, atarlo bien con hilo de algodón y ponerle el cordón para po-

der llevarlo en bandolera. La fábrica también tiene su servicio técnico de reparación de botas antiguas. Asimismo, existe la posibilidad de personalizar botas como regalo para bodas, aniversarios, jubilaciones...

La fábrica de Las Tres ZZZ está situada en la calle Miluce, en Mendelbaldea. La sencilla fachada no permite hacerse una idea de la gran nave que ocupa en el patio interior de un bloque de viviendas. “La producción se trasladó aquí en la década de 1970, cuando la empresa cumplió un siglo”, comenta Héctor Pérez. En los inicios, la producción se hacía en la calle Comedias 7. “Es un local con un sótano que llega hasta la plaza del Castillo. De hecho hay unas rejillas que es por donde salía el humo de la pez”. Las fotografías de la época atestiguan que se vendían más odres que botas. A mediados de siglo se fueron a la calle del Carmen y la calle Comedias quedó como tienda hasta que cerró en 2019.

Las botas de vino tuvieron su edad de oro hasta finales del siglo XX, cuando a los obreros se les permitía ir al trabajo con la bota. “Incluso había camioneros que la llevaban colgando de espejo retrovisor”, asegura Pérez. Pescadores, balleneros y marineros también eran usuarios habituales. “Conozco el caso de un barco que salía a la merluza tres meses. Había un chico aprendiz que se dedicaba en exclusiva a llenar las botas de proa y de popa”.